REPSOL YPF

XV. CONCURSO DE RELATOS CORTOS

REPSOL - YPF

Primer Premio en Versión Castellana

Título: "MI ATLÁNTIDA"

Autor: ANA COLLAZO ACHA.

Centro: I.E.S. ARMANDO COTARELO VALLEDOR.

VILLAGARCÍA DE AROSA (PONTEVEDRA)

AÑO 2.002

Mi Atlántida

Por Alxa

1º premio

MI ATLÁNTIDA

(Por Atxa)

Oigo en ecos gritos mudos, ahogados por las llamas y el humo. Veo en la otra calle rostros desencajados y secos, asfixiados por la angustia. La espuma color plomo todo lo inunda, asciende, crece y sumerge las figuras de mármol, los cuerpos se ahogan, sus lágrimas beben, las almas susurran rezos. Ella es hoy nuestra mítica Atlántida, civilización que floreció enjazminada y que, víctima de su prepotencia, sucumbió en un solo día. Volvió a sus raíces, se desplomó y todo se vino abajo –Pensé yo-; como hoy.

Sonó el despertador. David levantó la mano, como cada día. Sus ojos parpadearon cansados. Se estremecieron al paso de la luz que penetraba por las rendijas de la persiana, atravesando la nube de cortinas. Se incorporó. El fulgor de la mañana emanaba frescura y libertad. La calle todavía estaba desierta (imagen extraña para el lugar dónde se encontraba), habitada por un húmedo silencio. Cruzó el apartamento callado, sonaban sus pasos; preparó el desayuno y poco a poco fue despertando a su subconsciente.

Su ángel Diane Cole todavía dormía, escuchaba su acompasado respirar con sabor a violetas, su pelo corto y despeinado de caramelo osaba encubrir la belleza de su rostro, pero nada conseguía mancillar su resplandor. Su mano de seda apoyada en la almohada mostraba el dorado círculo de diamantes que ninguna princesa luciría mejor. David odiaba la belleza plástica, sombra ideal de las mujeres que avistaba cada día cerca de su trabajo (modelos demacradas, lejanas de aquel encanto alado). Se daba cuenta de que su vida era cada día mejor, que su trabajo, sus amigos y su mujer eran como siempre había soñado y que, pese a su juventud, el mundo le sonreía cortésmente.

La claridad iba reinando a su alrededor; fuera todo comenzaba a ser dinámico y alocado. El día extendía sus ligeras alas sobre la multitud, ellos caminaban apresuradamente.

Nadie se acordaba ya de lo que había soñado hoy, su mente lo había borrado, el perfume misterioso de la noche se había esfumado y un día nuevo se abría ante sus pies.

En el reloj del pasillo sonaron las siete de la mañana. David besó entusiasta a su mujer mientras ella se tomaba un *croissant* y un café con leche, cogió sus papeles y se dispuso a salir.

- No te olvides de la cena de esta noche, tengo algo importante que decirte. -dijo Diane con su típico acento francés-.
- OK, en el *Café Wha*, ¿no?
- Sí -respondió ella sonriente-.

El *Café Wha* se situaba en el 115 de Mcdougal Street, era un local simpático, con actuaciones en directo; poca luz, comida aceptable y precio asequible. Allí se habían conocido poco después de que David llegase de España, país que ya había envejecido siete años. Allá, en su antigua Erizana natal sus nuevos sobrinos ya divisaban el mar que él siempre había amado, sus ondas, su voz, su frescura y su color. Ahora poco faltaba, unos meses y podría volver a su tierra.

Caminando entre el hervidero, hoy se acordaba de sus impresiones del primer día. Aquel había sido el lugar escogido, por ser ciudad de ciudades, lugar donde todo, lo posible y lo imposible pueden cobrar vida propia, donde los sueños no eran solo sueños sino luceros y esencia de la realidad en que se convertirían. Pero todo esto sólo les ocurrirá a unos pocos; otras miles de personas, bebiendo de la fuente más rica del mundo nunca llegarán a saborear el mismo agua. Sin embargo, en aquel momento, aquella era una ciudad sorprendente y siempre nueva, cuna del diseño y del arte, de la tecnología y la vanguardia. Ese día, su primer día, con su vieja cámara de fotos había alcanzado dos imágenes dispares, y no obstante separadas mínimamente por dos calzadas. En una se veía una vasta multitud de blancos, negros, chinos, afroamericanos, hispanos, coreanos, judíos y musulmanes bien vestidos, encorbatados elegantemente o no, que caminaban deprisa para llegar a sabe Dios donde: oficinas, bancos, museos, etc... y quizás eran ellos quienes moviendo un solo dedo fuesen capaces de cambiar por completo el destino del mundo. Aquello era una colmena abarrotada de un mosaico de religiones, culturas, ideologías y sentimientos distintos, un enjambre de humanidad de vitalidad trepitosa.

En la otra imagen solamente se veía un *Rainmaker* llamado Gotti y a su abuela, la que años atrás había trabajado luna tras luna en una plantación pasando mil penalidades, miserias y desgracias, para poder seguir dando de comer a su familia. Y pese a todo ello, todavía guardaba en su rostro la sonrisa, la ternura y la humildad que la seguía haciendo feliz. Para Gotti ella era su única Miss América, su verdadera Miss América, y así mismo lo había dicho él.

David todavía conservaba estas dos imágenes sobre el escritorio de su oficina. Cada día las miraba pausadamente antes de empezar a trabajar y recordaba todo lo que desde aquella mañana esa contradictoria ciudad había significado para él.

Pero hoy era un día cualquiera, un día cotidiano entre los tantos que él había vivido allí, no había razón para acordarse de todo aquello. Bueno, quizá la cercanía del viaje a su *terriña* le hacía recordar su llegada.

David bajó las escaleras. Un tropel anónimo subía y bajaba con él. Esperó unos minutos junto a esa amalgama de almas a las que ya estaba acostumbrado. En la hierba de cemento cuatro trompetistas soplaban magia, o eso era lo que él pensaba. Esculpían notas de colores de una conocida obertura de Bach. El público se movía al compás y los más melómanos depositaban sus monedas en una caja aterciopelada, nido de su solista.

Se acercó al estuche y allí depositó su homenaje a aquellos que hacían su delicia y procuraban acercársela a los demás viandantes que pasaban apresurados ante sus narices.

Se acordó de aquel anciano que hacía años le había dicho que la vida era música viéndole sentado en un banco con un pentagrama en la mano. Lo había dicho tan serio y convencido, que estaba seguro de que para él era cierto. Entonces se preguntó si aquel abuelo habría tenido un pasado inquietante como músico, de esos que sólo en las películas relatan, pero él no se lo contó sino que se alejó con su perro en silencio, despacio, apaciblemente, dejándole callado en su banco. Y allí estuvo, mirándole hasta que desapareció entre las calles. Lo cierto es que siempre se había quedado con las ganas de hablar con aquel hombre, por la esencia de su voz, por sus pocas palabras, porque la edad guarda sabiduría, pero... bah! , al fin y al cabo ¡qué más da!

David subió al metro, se mantuvo de pie, agarrado a una de esa estrechas barras de acero. El vagón se movía entre la oscuridad, bajo la niebla parda. Poco después llegó a su destino.

La misma calle de todos los días se arrodillaba ante él. Sin embargo, la cotidianeidad no le aburría, al contrario, afrontaba cada día con la misma sonrisa que le hacía levantarse, con el mismo entusiasmo; encontraba en aquel lugar todo lo que le gustaba, había llegado a una situación de equilibrio a través de la cual aprovecharía para hacer lo que más le gustaba. Ahora utilizaría su vida para disfrutarla junto a Diane, fotografiando sueños, visitando museos y galerías e, incluso, podría por fin aprender a tocar el piano, y, bueno, ¿por qué no?, aumentar la familia: permitir nacer a uno de esos querubes suaves, envolverlo con sus brazos y admirar la grandeza de algo tan pequeño, brote de vida, flor de pasión.

La aurora radiaba. El día había amanecido claro y brillante. Esto le gustaba a David, bueno, a él y a todos aquellos que por suerte trabajaban tan cerca del cielo. Se acercó y entró en el edificio. Conserjes, corredores de bolsa, camareros, ascensoristas, agentes de seguridad, todos repetían la misma rutina de siempre. Subió en el ascensor. En pocos segundos llegó a las oficinas.

Lo primero que se veía al llegar era la imagen de Coco Chanel en la pared amarilla del pasillo. El jefe la había colgado allí en 1976 -según decían-, y desde entonces allí seguía, nadie la tocaba, se mantenía inmutable al paso del tiempo y a los ojos insolentes que la estorbaban con sus miradas.

Allí, todos sabían que ella fue la creadora que había revolucionado la moda y, quien por supuesto, les había dado paso a ellos para que desplegasen todo aquello. Sin embargo, sabían también que ella había sido una mujer frívola, dura, orgullosa, demoledora y autocrítica y a la que siempre le gustaba quedar por encima de los demás. Mujer ilustre, delatada por alguna de sus insignes frases entre las que se encontraba aquella que decía: *"Me gusta ir cargada de joyas, porque en mí parecen falsas."*

Sentado en la mesa, los teléfonos comenzaban a chirriar como grillos inquietos en la noche, los cafés saltaban de una mesa a otra, los papeles volaban en tropel, las manos fluían ligeras sobre los teclados, las impresoras escupían folios parejos... todo igual, como siempre. ¡Porqué ocurrió entonces aquello! ¿De quién era la culpa? ¿Quién lo sabía?¿P.or...q.....u..é?

& & &

Un estruendo nos apartó a todos de nuestros quehaceres comunes, algo había pasado, los gritos comenzaron a sucederse: ¡Un trueno!¡Es un terremoto!, ¡Un escape de gas!

El ruido venía de fuera, alguien llamó a seguridad. Allí no sabían nada. Todos nos asomamos a las ventanas, una enorme llamarada, humo, miles de colores entre el amarillo, rojo y negro asfixiaban el paisaje. Al fondo ya no se veía la pequeña alfombra verde enmarcada en cemento ni la efigie de cobre.

La onírica acuarela parecía pertenecer a Dalí, sus relojes se habían parado, el tiempo se movía a cámara lenta y aquello ni siquiera tenía cabida en el mundo de los sueños. Sin embargo, el terror casi no había comenzado. Yo desde mi posición, ahora sé que no privilegiada, veía caer porciones de material irreconocible, veía fragor,

confusión y cuerpos que saltaban a morir huyendo de la muerte; supongo que esta estampa se clavó en mi retina de la misma forma que se le quedaría a García Lorca el *crack d*el 29 cuando vio a los inversores arrojarse a la vida mortal.

En la ciudad donde todo era posible, mi pesadilla se convirtió entonces en realidad y comprendí la angustia y el terror de la humanidad ante los enigmas del mundo y de la vida en los que normalmente no pensábamos.

En medio del tormento, del polvo y la oscuridad, dos diamantes translúcidos asomaban a mis ojos y amenazaban con estrellarse contra el suelo y, aunque yo no quería, ellos resbalaban y se consumían entre los gritos. Ese fue el día en que más veces escuché esas frases que se repiten una y otra vez en las entregas de los Oscar: *"God Bless you", "God bless us"*.

Sin embargo, en un segundo, mis ojos y veinte pares más conmigo, se quedaron fijos, mudos, secos, angustiados y vi que Coco Chanel, por primera vez en veinticinco años, se zarandeaba agresivamente. Un inmenso estruendo explotó en mis oídos. Mis sensaciones de equilibrio y de movimiento quedaron anuladas. Mis ojos todavía estaban cerrados. El olor a quemado era insoportable. El calor abrasador. Me sentí en el infierno antes de tiempo. No quería hacerlo, pero abrí los ojos, el escándalo, la histeria, los lloros, las caídas, los pisotones, la destrucción, la sangre, ¡todo reinaba a mi alrededor! Estaba mareado, *La galatea de esferas* de Dalí era para mí el paraíso comparado con aquel mundo caótico.

Entre el humo, la cortina de nubes negras y la niebla rojiza, me movía dificultosamente hacia el ascensor pero ví que estaba ardiendo. El griterío era ensordecedor, muchas otras personas rezaban en bajito, otros espantados llamaban por teléfono dando señales de vida, los tropiezos eran constantes y el poco oxígeno irrespirable. Entonces comprendí que debía escapar, salir de allí como fuera, me acerqué a las escaleras pero aquello estaba abarrotado, los tapones, las caídas, los parones, los heridos, ¡eran irremediables! Nadie sabía si correr o ayudar a los que allí estaban. Me paré. Miré por una gran ventana, no sabía de quién era el despacho en el que estaba, pero creo que no le importaba. En el exterior observé un enorme anillo de fuego. Me acordé de la dorada alianza de Diane y no pude evitar el llorar silenciosamente, sin que las lágrimas acudiesen siquiera a mojar los suspiros. Miré hacia abajo, yo sabía que aquello no tenía salida, pensé en todos los demás que conocía y que estarían allí atrapados; en mi familia, en el mar que divisaba a lo lejos, y en los museos que no visitaría con mi situación de estabilidad... pero, absorvido en mis pensamientos, de repente aquello sucumbió y se derrumbó con fragilidad rompiendo en mil pedazos de porcelana. Supe que yo sería el siguiente, pero aquella imagen sobrecogía a cualquiera; si Mis América estuviese allí todavía sonreiría procurando tranquilizar a los demás, o, si Gota lo viera, que probablemente lo estaría haciendo, imploraría piedad al cielo; y, bueno, aquellos miles de blancos, negros, chinos, afroamericanos, hispanos, coreanos o judíos se estremecerían, su corazón estallaría en pedazos, su respiración se detendría, quizá no mantuviesen la compostura, pero eso no importaba. Aquellos hombres que con el solo movimiento de un dedo podían cambiar el destino del mundo, lo habían conseguido.

Envuelto entre mis últimas y ya atontadas abstracciones escuché otra enorme explosión, me agarré fuerte una barra de acero, como la del metro, cerré los ojos fuertemente, contuve la respiración y me dispuse a caer, a desaparecer, a desvanecerme en la ciudad escogida.

Aquello fue pausado, más de lo que yo hubiera querido: a cámara lenta, humo, fuego, cenizas, el piso de arriba hundiéndose sobre mí, y ahí entre el terremoto y el estruendo, percibí una melodía, suave, triste, melancólica, música de esa Gospel que es cantada en las iglesias. Como cuando en una película ambientan la situación con una banda sonora excelente que luego recogerá su Oscar con las mejores galas.

Yo fui quien escuchó a un niño, un niño que cantaba: *Brother and sister together were making truth, o yeah, someday a spirit would take you with guy your best, I know you´ve been hurting but I´m been waiting to be there for you, and I´ll be there just helping you out, When never I can´t help.* Y me di cuenta de que alguien tenía razón, y que, si no toda, parte de la vida, era música.

Pero como cualquier historia, uno también llega a su fin, y ese fue el mío, no obstante fue el de mucha gente más y un momento que sería recordado para el resto de los años porque ese, fue un día importante.

Oigo en ecos gritos mudos, ahogados por las llamas y el humo. Veo en la otra calle rostros desencajados y secos, asfixiados por la angustia. La espuma color plomo todo lo inunda, asciende, crece y sumerge las figuras de mármol, los cuerpos se ahogan, sus lágrimas beben, las almas susurran rezos. Ella es hoy nuestra mítica Atlántida, civilización que floreció enjazminada y que, víctima de su prepotencia, sucumbió en un solo día. Volvió a sus raíces, se desplomó y todo se vino abajo –Pensé yo-. Como hoy, 11 de septiembre.

Aquel día la aurora de Nueva York radiaba y el día había amanecido claro y brillante. Después, quizás fuese Lorca quien tuvo la razón, o eso creí yo mientras observaba el paisaje que descendería conmigo posteriormente:

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean en las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible[...]

Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

(F. García Lorca)

& & &

La razón de Diane sabía que sentándose en aquella silla, dentro de la oscuridad del *Café Wha*, no conseguiría hacer aparecer a David; sin embargo, allí estaba. Dentro de sí todavía conservaba una mínima esperanza de que él apareciera; de que la puerta se abriera y su sonrisa entrase iluminando el lugar; de que no se hubiese quedado sepultado o desmenuzado entre todo aquel amasijo de hierros; de que no se encontrase dentro de la *twin* cuando todo ocurrió, o de que hubiese podido escapar. Su cabeza bombeaba innumerables posibilidades de escape, longitudes de suerte, una especie de aliento, ánimo, promesa o ilusión que deseaba que nadie hubiese desatado aquel ligero hilo que todo lo sostenía. Sabía que como ella, miles de personas lo deseaban con todas sus fuerzas, pero nadie alcanzaría ahora a hacer ya nada.

Sus manos temblaban y no podían dejar de hacerlo, no obstante, su cuerpo y su alma guardaban un mutismo inquietante, no se apartaba de su postura y así estuvo varias horas, mirando al vacío hasta.

En el bar nadie hablaba, la afonía flotaba con el humo de los cigarros, nadie movía un solo dedo quizá con el miedo de volver a escuchar alguno de aquellos temibles estruendos y la música era suave, triste, melancólica.

Extraño era que no hubieran cerrado el local, pero mejor, así David lo encontraría abierto cuando pudiera llegar hasta allí. Le daba exactamente igual como viniese, si herido ella lo curaría, si angustiado ella lo consolaría, si muerto de miedo ella buscaría la forma de arreglarlo, pero lo único que deseaba era verlo, ¡que llegase! le daba igual lo tarde que lo hiciese, no le diría nada ni se enfadaría ¡porque ella tenía que decirle algo! porque él tenía que escucharla.

Su anular todavía brillaba con la señal que había sido su mayor fuente de felicidad, y ahora incluso tenía miedo de arrancarla.

El café ya estaba frío del todo, la cuchara en su sitio, y las servilletas absortas de diamantes translúcidos que mezclaban su limpieza con las negras gotas de café sobre la mesa formando un mejunje pegajoso que se adhería al tablero.

El tiempo pasaba despacio, como David había dicho, a cámara lenta. Diane se levantó de la mesa. La noche vagaba silenciosa por las calles. No había estrellas, el humo y la niebla todavía deambulaban por el cielo tapando los luceros ardientes en vigilia. Como ella muchos otros mortales caminaban o corrían por las calles viviendo el desconcierto, algunos de ellos con las fotos de aquellos a los que no encontraban porque ya velaban por su suerte. Numerosos semejantes lloraban angustiados por los bulevares, ella veía miles de personas presas de pánico y dolor, con los ojos rojos y desencajados. Pero no quería creerlo. Se negaba a aceptar que él ya no estaría allí para cuidar su bebé, a aquel del que ni siquiera llegó a saber, a aquello que iría creciendo sin su protección, sin su cariño, sin él.

Ese día ni Diane, ni nadie, ni siquiera la efigie de cobre, pudieron hacer nada. Sólo contemplaron, callaron, se llevaron las manos a la cabeza y, lloraron. Ante sus ojos impotentes vieron derribarse sin remedio una parte del techo del mundo que, sin preguntar se postraba ante ellos.